



**LA ÉTICA DE LA  
INTENCIÓN EN LA  
*HISTORIA CALAMITATUM*  
DE ABELARDO:  
*EROS (PASIÓN) Y RATIO (RAZÓN)***

José Herrera Ospina

## **LA ÉTICA DE LA INTENCIÓN EN LA HISTORIA CALAMITATUM DE ABELARDO: EROS (PASIÓN) Y RATIO (RAZÓN)**

**Resumen:** este artículo presenta un acercamiento teórico a la obra *Historia Calamitatum* del filósofo y teólogo francés Pedro Abelardo. Se consideran aspectos de la ética de la intención en relación con la vida, la moral, la filosofía, la teología, la religión y la cultura en general del siglo XII medieval, horizonte histórico donde se ubica el episodio amoroso, pasional y espiritual de los famosos personajes Abelardo y Eloísa.

**Palabras clave:** Abelardo, Eloísa, razón, amor, ética de la intención.

---

## **ETHICS OF THE INTENTION IN ABELARDO'S HISTORIA CALAMITATUM: EROS (PASSION) AND RATIO (REASON)**

**Abstract:** This article presents a theoretical approximation to the work *Historia Calamitatum* of the French philosopher and theologian Pedro Abelardo. It is considered to be aspects of ethics of the intention in relation by life, morality, philosophy, theology, religion and culture in general of the medieval 12th century, historical horizon where there is located the loving, passionless and spiritual episode of the famous prominent figures Abelardo and Eloísa.

**Key words:** Abelardo, Eloísa, reason, love, ethics of the intention.

---

**Fecha de recepción:** Abril 24 de 2010

**Fecha de aceptación:** Mayo 7 de 2010

---

**José Herrera Ospina:** filósofo y doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín. Magíster en Estudios Bíblicos por la Universidad de Antioquia. Profesor de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Básicas, Sociales y Humanas del Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid y catedrático de Filosofía Medieval del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia, Colombia.

**Correo electrónico:** joseherrera99@hotmail.com

# LA ÉTICA DE LA INTENCIÓN EN LA HISTORIA CALAMITATUM DE ABELARDO: EROS (PASIÓN) Y RATIO (RAZÓN)\*

---

## INTRODUCCIÓN

Se estudiará la *Epistola Prima: Quae est historia calamitatum Abaelardi, ad admicum scripta* o llamada también de modo sintético *Historia Calamitatum (H.C.)*\*\* en relación con el problema de la ética de la intención. Es de anotar que el siglo XII medieval ve nacer una propuesta ética basada en la voluntad libre del individuo llamada “ética de la intención”. El abanderado de tal pensamiento es el filósofo francés Pedro Abelardo (1079 - 1142) quien con su obra *Ethica seu, liber dictus Scito te ipsum*\*\*\* marca un giro radical en los tratados morales de su época, al proponer una reflexión ética nacida de la interioridad humana, llámese conciencia, alma, mente y no de las normas impuestas por la tradición eclesiástica

\* Este artículo hace parte del proyecto de Investigación "Algunos referentes conceptuales para establecer la relación cuerpo, estética y educación" que hace parte del grupo de Investigación en Filosofía (GIF), categoría D Colciencias, adscrito al Politecnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid, Medellín, Colombia. La traducción que se utiliza en este artículo es la del *Epistolario amoroso de Eloísa y de Abelardo*, versión española del profesor Claudio Santos González, editada por M. Aguilar, Marqués de Urquijo, en la ciudad de Madrid (España) en el año de 1930.

\*\* La *Historia Calamitatum* (Historia de mis desgracias o de mis calamidades) es una carta escrita por Abelardo hacia el año 1132 después de que sufriera la castración por parte del tío de Eloísa, Fulberto. Está dirigida a un supuesto amigo del que no se tiene un dato histórico preciso. Es de anotar que el estudioso, en lengua francesa, de las cartas de Abelardo y Eloísa, Paul Zumthor, sostiene con respecto a esta carta una tesis que confirma su historicidad, ya que lo hace teniendo en cuenta el hallazgo de los textos originales en la Biblioteca de Troyes: “- une autobiographe d’Abelard, l’*Historia Calamitatum* (“*Récit de mes malheurs*”), écrite en forme d’épître fictive adressée à un ami anonyme, et dont le contenu impliquerait qu’elle fût datée de 1132, alors qu’Abélard était âgé de cinquante-trois ans” (Zumthor, 1979: 8).

\*\*\* Obra escrita aproximadamente hacia el año 1136 y que junto con su *Dialogus inter Philosophum, Judaeum et Christianum* escrito hacia el año 1140 (1141) constituyen las dos obras finales de su vida que marcaron una profunda revolución en el pensamiento medieval, en particular del siglo XII, llamado por muchos historiadores franceses como el “Primer Renacimiento” en Occidente (cf., Migne, 1885; Abelardo, 1994; Abelardo, 1988).

derivadas de la ley divina. Es una confrontación de formas de pensamiento que ha sido motivo de muchos estudios, a la vez que de múltiples críticas, a saber: la ética de la intención en contraposición a la ética del resultado y la ética autónoma en confrontación con la ética heterónoma.

La reflexión se hace sobre la ética de la intención en el siglo XII desde el estudio de la *Historia Calamitatum* de Abelardo. Sobre la ética de la intención en el siglo XII, es necesario anotar que han sido muchos los acercamientos de especialistas sobre el tema, vamos a citar sólo a uno de ellos, quien afirma sobre el particular:

En términos generales puede decirse que los intelectuales del siglo XII se plantearon principalmente dos preguntas éticas: a) qué produce un buen o mal comportamiento en el hombre, y b) de qué manera ha de distinguirse entre una conducta digna de premio y una digna de castigo ante Dios. Estas preguntas reflejan a) una preocupación psicológica plasmada en la investigación del sujeto de la moral, y b) una preocupación propiamente ética que buscaba esclarecer los criterios del bien y del mal. Que en esto Abelardo haya adoptado una postura relativamente 'moderna' no significa que fuera el único autor preocupado por resolver estos interrogantes. Pero el modo cómo lo intentó justifica la distinción. Fue él quien privilegió de manera extraordinaria el factor subjetivo, tanto en sus análisis del lenguaje como en la aplicación de los mismos a la teología en general y los problemas éticos en particular [...] (Bacigalupo, 1992).

Esto refleja el encuentro que existe entre una ética de la intención y una ética del resultado y su confrontación situada entre el horizonte del libre pensamiento y de la visión ortodoxa impuesta por una institución eclesial imperante.

Tres partes conforman este artículo: 1) La actitud moral de Abelardo como maestro en sus enfrentamientos dialécticos, especialmente con Anselmo de Laón y la actitud moral de sus enemigos. 2) La actitud moral como amante y esposo de Eloísa, la actitud de Eloísa y la actitud de Fulberto. 3) La actitud moral como monje, dedicado a la enseñanza y a la oración y la actitud moral de la Iglesia que le acogió y le condenó para la posteridad.

## **1. EL DISCÍPULO IRREVERENTE Y EL MAESTRO DIALÉCTICO: LA ACTITUD MORAL DEL PALATINO**

La actitud moral de Abelardo como maestro en sus enfrentamientos dialécticos, especialmente con su maestro de Teología se percibe en el siguiente apartado:

Me hice alumno de este sabio anciano, quien, a mi juicio, más debía su reputación a la rutina o hábito que tenía para la enseñanza que a su

talento o su memoria. Cuando algún estudiante iba a consultarle sobre un punto dudoso, volvíase el consultante con más dudas de las que llevaba al consultar. En cambio, para los oyentes superficiales era un tesoro, no para aquellos que le rebatiesen en una discusión. Su facilidad de producción era asombrosa, pero el sentido de sus palabras era vacío y sin método. El fuego que encendía con su ciencia sólo llenaba su casa de humo, pero no alumbraba. Su árbol científico, exuberante de vegetación, contemplado desde lejos, parecía imponente; pero nada hallaban en él los que lo examinaban de cerca y con cuidado. Yo me acerqué a coger su fruto, pero pronto advertí que era la higuera falsa maldecida por el Señor, o más bien aquella vieja encina con la cual compara Lucano a Pompeyo, diciendo: No es más que la sombra de un gran nombre, como la de una alta encina en medio de un fértil campo. Desde el momento que me convencí de esto, procuré no permanecer mucho tiempo bajo su sombra, entregado a la ociosidad. Cuando algunos de sus discípulos observaron que no asistía a las lecciones con la asiduidad debida, se ofendieron y consideraron mi conducta como un desprecio a tan gran maestro. Empezaron a indisponerle en contra mía, y con sus pérfidas insinuaciones le convirtieron en mi mayor adversario (Santos González, 1930: 30-31).\*

La primera frase subrayada en el pasaje anterior muestra el carácter de Abelardo, su moralidad frente a los desafíos dialécticos (Santos González, 1930: 33). “El fuego que encendía con su ciencia, llenaba la casa de humo pero no alumbraba”. Se trata de su actitud crítica frente a la actuación de un gran maestro de la *Lectio* pero no de la *Quaestio*. Anselmo al igual que Guillermo su rival anterior son maestros que repiten y no crean con su ingenio, son lectores en el sentido más negativo del término, es decir, repetidores, no colectores, en el sentido positivo del mismo. A la vez, Abelardo les critica su falta de ingenio, así se explica que les llame (Santos González, *Ídem*) “humo que cubre la casa”, pero no (Santos González, *Ídem*) “luz que alumbraba”. Éticamente considerada, esta frase demuestra la buena intención de Abelardo al acercarse a estos maestros y la mejor actuación ética del maestro palatino, al descubrirles su falsa máscara. Anselmo es un árbol grande pero no frondoso, es un maestro de una teología anquilosada por el tiempo pero no de la verdadera teología creadora que necesita los nuevos tiempos. Así como Guillermo era el maestro de una filosofía aferrada al platonismo exagerado y no abierta a un aristotelismo o si se quiere a un platonismo más real, el cual ya se respiraba en la época en la que vivió el palatino y tendrá su esplendor en el siglo XIII con Buenaventura y Tomás de Aquino. Es la ética de la buena intención la que respira Abelardo al criticar a su maestro de Teología.

\* (Cf. Migne, 1885: 123). Este encuentro dialéctico también se encuentra en: *Dictionnaire de Theologie Catholique*, 192: 36. Étienne Gilson relata también su enemistad con el maestro de teología: (Gilson, 1972: 262) “...Después de haberse enemistado con él porque pretendía hacer glosas a Ezequiel en la misma escuela de su maestro, dejó Laón para ir a París, donde enseñó simultáneamente teología y filosofía con extraordinario éxito”. Por último, la historiadora francesa, Régine Pernoud también expresa estos encuentros dialécticos de una manera prosaica y llamativa; remitimos a la obra traducida al español (Cf. Pernoud, 1973: 16-35). El subrayado es nuestro.

Ahora bien, la otra cara de la moralidad la mostrarán sus enemigos. La segunda frase ilustra muy bien esto: “Cuando algunos de los discípulos de Anselmo se enteraron de que Abelardo no asistía a sus lecciones... se ofendieron y consideraron su actitud (es decir el comportamiento moral) como un gran desprecio a tan gran maestro” (Santos González, 1930: 34). Condenan a Abelardo porque lo ha despreciado, porque ha hecho que su maestro pierda prestigio y él gane mucho más, porque ha demostrado su capacidad mayor frente a la tradición y esto es imperdonable en cualquier época histórica. Por tal razón, la enemistad no se hace esperar, la actitud intencional de Anselmo y de sus discípulos\* es moralmente negativa, es una mala voluntad y una mala intencionalidad la que se mostrará en todas las actitudes de estos frente a Abelardo, tanto que hasta después de su castración y entrada a convento, seguirán persiguiéndole hasta cumplir su cometido nefasto. Esto está muy bien ilustrado en los siguientes pasajes tomados de los capítulos IX y X de su *H.C.* donde después de haber escrito su famoso libro de teología acerca *De unitate et trinitate divina*, sus enemigos le llevarán a la condena, incluso exigiendo para ello un concilio y después enclaustrándole en un convento como si fuera un preso:

Cuando mis émulos conocieron el libro, exasperáronse hasta lo indecible, logrando convocar un concilio para juzgarlo y juzgarme. A la cabeza de esta conjura figuraban los dos enemigos más exaltados que yo tenía, Albérico y Lotulfo, quienes, desde el fallecimiento de mis maestros Guillermo y Anselmo, ambicionaban reinar solos y recoger, por buenas o malas artes la herencia científica de ellos. Los dos eran directores de las escuelas de Reims y con sus reiteradas malevolencias consiguieron que Rodolfo, arzobispo del distrito, llamase a Conan, obispo de Preneste, que a la sazón ejercía las funciones de legado en Francia, para lograr en Soissons un conventículo disfrazado con el nombre de Concilio, invitándome a que me presentara en él con mi famosa obra la Trinidad... Me presenté nuevamente ante el Concilio, y sin proceder debate ni discusión alguna me obligaron a arrojar al fuego por mis propias manos el libro. Lo vi arder. Todos los testigos de esta escena callaban, todos, menos uno de mis adversarios, que para que no dijese que no había cargo alguno que formular, dijo haber notado en mi libro la proposición de que sólo Dios Padre era omnipotente... Entonces me levanté para confesar y desenvolver mi creencia y doctrina; pero mis adversarios dijeron que bastaba con que recitase el símbolo de San Atanasio, el Credo, cosa que sin esfuerzo, haría cualquier muchacho iletrado. Y para que no pretextara ignorancia, afectando suponer que no me eran muy familiares aquellas palabras me presentaron el Credo escrito. Leílo como pude, entre lágrimas y suspiros. Después me entregaron, como reo convicto y confeso, al Abad de San Medardo, que estaba presente, y fui conducido a su convento, el cual debía de servirme de encierro, quedando desde aquel

---

\*A propósito subrayamos “discípulos”, porque al parecer los mayores enemigos de Abelardo no fueron sus maestros sino sus condiscípulos, al saber que los superaba en capacidades y les alejaba de las adquisiciones intelectuales a las que serían merecedores por ser fieles seguidores de sus maestros.

momento disuelto el Concilio (Santos González, 1930: 51, 56, 57) (Cf. Migne, 1885: 144a–146a; 150a y 150d–151a) [El subrayado es nuestro].

Para finiquitar esta primera aproximación a la actitud ética, traemos a colación la reflexión del filósofo Gonzalo Soto, en su artículo escrito sobre Abelardo: “...Parece pues, que en cualquier gesta dialéctica, el *logos* triunfa, pero suscita, como consecuencia, una serie de sinsabores vitales” (Soto Posada, 1981: 41-55). Es decir, genera una serie de comportamientos morales que son buenos o malos dependiendo de la intencionalidad con que se realicen. Esto será por siempre algo cotidiano en la historia de la humanidad.

## **2. LA REFLEXIÓN SOBRE LA MORALIDAD DE LOS AMANTES-ESPOSOS: EROS-AFRODITA**

La actitud moral de Abelardo como amante y esposo de Eloísa se vislumbra claramente en lo que relata en su *H.C.*, donde en un primer momento actúa aparentemente con la intencionalidad propia del que desea conquistar una mujer, es decir, haciendo uso de la seducción, esto puede ser algunas veces mal intencionada o bien intencionadamente. No obstante, la actitud moral de Abelardo está plasmada de una buena intención al hacerse responsable de su vida y la de su hijo Astrolabio, todo ello terminando con el vínculo santo del matrimonio.\* Su actitud es ciertamente egoísta, cuando posterior a la castración, exige de Eloísa hacerse monja tal cual como él lo va a hacer. Se entiende esta reflexión desde la concepción que tiene Abelardo de pecado\*\* y que en últimas instancias lo refiere a su seducción, considerando la emasculación como un justo castigo a su acto. En un segundo momento, la mentalidad de Eloísa es totalmente contraria a la de su esposo, es decir, lo que será pecado en Abelardo, para Eloísa no será considerado como pecado. La conducta de Eloísa está cargada de una intencionalidad libre

\* A propósito es necesario hacer una aclaración: cuando se hace aquí referencia a la buena o mala intención que pudo tener Abelardo con respecto a su relación con Eloísa estamos refiriéndonos a una interpretación personal que hacemos de estos actos considerándolos buenos o malos. Es interesante notar que la ética de la intención en Abelardo no justifica los hechos solamente desde la intención (en forma abstracta), sino que juzga un acto desde la intención buena o mala. Esta buena o mala intención está en relación con el acto (*operatio*), pero considerando que hay buenas y malas intenciones. Es por ello, que al realizar la lectura del texto encontramos que las acciones de Abelardo pueden ser consideradas intencionalmente buenas, pero no por ello, afirmamos que lo sean para todo intérprete. Es posible que para otra(s) persona(s) esta actitud sea interpretada contrariamente a lo que aquí se expresa. Lo que se deja claro es que para Abelardo, la intención prima sobre la acción. Esto para efectos de aclarar esta aseveración y algunas otras que se encontrarán más adelante.

\*\* (Cf. Bacigalupo, 1992: 120-125). El filósofo peruano estudia el conflicto de la voluntad y el conflicto moral, donde la relación voluntad–pecado es abordada desde sus escritos éticos. A nuestro parecer es un buen referente para relacionarlo también con su vida, al menos, con sus actitudes vistas en sus escritos epistolares.

que deviene de su espíritu abierto y crítico de la moral cristiana. Al final ambos se darán la razón y serán los innovadores en plena Edad Media de una ética basada en la intencionalidad y no en el resultado. Por último, la posición de Fulberto es, desde el punto de vista de la moral estudiada en las obras de Abelardo, totalmente mal intencionada, o al menos esa es la percepción que se alcanza a vislumbrar al leer su *H.C.*\*

El pasaje del capítulo sexto donde Abelardo se acerca a Eloísa y la manera como actúa en su plan de goliardo seductor es:

Preso de amor por aquella joven, no pensé más que en buscar ocasión de verla; familiarizarme con ella por medio de conversaciones diarias; en una palabra, sólo ansiaba que accediese a mis amorosos y honestos propósitos. Me dirigí a algunos amigos del canónigo Fulberto, suplicándoles para que intercedieran con él para que me admitiese en calidad de huésped en su casa, que se hallaba cerca de mi escuela y mediante los honorarios que señalara él mismo... Me admiró la extremada sencillez del canónigo, sorprendiéndome que confiara tan tierna corderita a tan hambriento lobo. Al entregarme a Eloísa, no sólo para que la instruyese, sino también para que la castigase, hizo más que dar suelta a mis contenidos deseos y proporcionarme mil ocasiones para triunfar, aun cuando la joven no pensara en corresponderme... Pretextando el estudio, nos entregábamos en cuerpo y alma al amor; y hasta los mismos libros nos servían para exteriorizarlo. ¡Cuántas veces, y teniendo los infolios abiertos, discutíamos más las delicias del amor que las lecciones! ¡Cuántos más fueron los besos que las sentencias! ¡Mis manos con más frecuencia estaban ocupadas en el seno virginal de Eloísa que en los libros! ¡En nuestros ojos reflejébase más intensamente el amor que en las páginas del texto!... ¡Qué más decirte! Pasamos por todas las fases y gradaciones del amor; apuramos todos sus deliquios, y ni siquiera olvidamos sus más recónditos refinamientos. ¡Cómo prolongábamos aquellos goces, nuevos para nosotros, y que, como comprenderás, distaban mucho de causarnos el menor tedio! De tal modo llegó a dominarme el placer, que casi no me era dable pensar ni en filosofías ni en escuelas. El ir a la cátedra a explicar mis lecciones constituía para mí el mayor fastidio y sacrificio. Mi fatiga era grande, pues me ocupaba de noche en el amor y de día en el estudio (Santos González, 1930: 38-39) (Cf. Migne, 1885: 127 b. c. 128 a. b).

La última parte de este texto es muy dicente en cuanto que la actitud amorosa de Abelardo lo descuidó del estudio, la fatiga lo llevó a convertirse en un maestro de *Lectio*, por unos momentos, olvidando su gran ingenio y creatividad. Lo convirtió en un goliardo-trovador, creador de versos de amor y lo alejó de su

\* Régine Pernoud dedica segundo capítulo de su texto clásico al estudio de la relación entre Eloísa y Abelardo y lo titula "La pasión y la razón", al inicio asevera: "Esto podría ser el comienzo de un cuento: había una vez... Pero es una historia vivida; y vivida con tal intensidad, que a través de los siglos se ha conservado intacta su fuerza emotiva" (Pernoud, 1973: 46).



dialéctica más amada. Esto lógicamente era observado por sus alumnos que se lamentaban de tal infortunio.\* Desde la ética no podemos decir que en Abelardo haya mala intención sino una actitud adecuada al momento que vivía.

En el mismo capítulo sexto se ilustra la condición moral abelardiana frente a lo sucedido con Eloísa posterior al descubrimiento público, además se presenta la primera actitud de Fulberto frente a los hechos. El texto es el siguiente:

Pasado algún tiempo, Eloísa sintió que había concebido. Enajenada de gozo, me lo comunicó al momento, y consultándome acerca de las medidas que conviniera tomar. Una noche, hallándose ausente el tío, y según concertado lo teníamos entre Eloísa y yo, la arranqué furtivamente de la casa de Fulberto, trasladándola inmediatamente a Bretaña. La acomodé en el hogar de mi hermana hasta que llegó la época del parto. Un niño hermosísimo fue lo que dio a luz, al que pusimos el nombre de Astrolabio. Cuando regresó Fulberto y vio que su vigilancia había sido burlada, sintió tal desesperación que por poco pierde el juicio. Es preciso pasar por un trance así para formarse una idea aproximada de la vergüenza que de él se apoderó. No sabía que hacer para vengarse de mí ni qué lazos tenderme. Si me mataba o sólo me lesionaba, temía que su queridísima sobrina fuese objeto de represalias por parte de mis parientes en Bretaña. Prenderme o encerrarme en una cárcel era imposible, porque yo estaba siempre apercebido, sabiendo que el canónigo era hombre capaz de todo si la ocasión se le presentaba, y no le faltaba valor. Al fin me conmovió su estado de ansiedad y considerando el robo que mi amor le había hecho y lo feo de mi traición, fui en busca de Fulberto y le supliqué que me dictase las condiciones que le pareciesen más justas para reparar mi delito. Traté de calmarle diciéndole que no le extrañara que hubiese sido impelido a cometer tal desaguisado por el amor que por Eloísa sentía. Que se acordase de los muchos tal grandes hombres que sólo debían su ruina al poder de los encantos femeninos, y para calmarle le ofrecí una reparación que a mi juicio excedía y colmaba todas sus esperanzas: le propuse mi casamiento con la joven a quien había seducido, siempre que mi enlace permaneciera en secreto y para no irrogar perjuicio a mi reputación. Accedió Fulberto a mis proposiciones, empeñó su palabra y la de sus amigos; la reconciliación se selló con un ósculo de paz... pero todo esto fue para vengarse a mansalva en mi persona (Santos González, 1930: 41-42) (Cf. Migne, 1885: 129b-130a).

Hasta aquí la postura de Abelardo es la de un hombre responsable de sus actos. En efecto, el matrimonio se efectuó en París frente a la presencia de Fulberto y de algunos conocidos. Sin embargo, el rechazo total de Eloísa a este evento fue

---

\* A propósito de este encuentro el historiador francés Jacques Le Goff lo relata sugestivamente: "Entre el maestro y la alumna estalla un violento amor a primera vista: comercio intelectual primero y muy pronto también comercio carnal. Abelardo abandona su actividad docente, sus trabajos, con el diablo en el cuerpo. La aventura dura, se hace cada vez más profunda. Ha nacido un amor que ya no acabará nunca, un amor que resistirá los disgustos y luego el drama" (1986: 50).

latente, ella nunca estuvo de acuerdo con tal decisión. En cuanto a Fulberto, es real que, en un primer momento, no hay mala intención en su actitud, pues es normal que hubiera sentido un sentimiento de ira o tristeza frente a lo acaecido, pero sí se expresa en lo que posteriormente realiza, a saber, su resentimiento que termina en el acto violento de la castración.

La actitud de Eloísa se expresa en el capítulo séptimo de la *H.C.* en boca de Pedro Abelardo así:

Pero Eloísa, lejos de aplaudir mis buenos propósitos, se opuso a ellos con tenacidad alegando, ya el peligro que corría, ya la deshonra que sobre mí iba a caer. Juró que jamás me obedecería en este asunto. Bien me convencí en lo sucesivo. Decíame: ¿Cómo podré gloriarme de un matrimonio que, lejos de honrarme, me degrada personalmente y a los dos nos humilla? ¿No comprendes que el mundo me pedirá cuenta por haberle privado de tan brillante lumbrera? Nuestro matrimonio iría acompañado de maldiciones, decía. A la Iglesia irrogaría graves daños, y los filósofos me llorarían amargamente... Por último, Eloísa me aseguró que su regreso a París era peligroso; que el título de amante le sería mucho más grato que el de esposa y que esto era más honroso para mí. Que deseaba conservar mi amor sólo por efecto de cordial ternura y no atándolo con los lazos del matrimonio y que nuestra momentánea separación haría mucho más placenteras nuestras futuras entrevistas, puesto que serían menos frecuentes. En vista de que todos sus esfuerzos y razones no lograban vencer mi necia resolución, y no queriendo contrariarme con tan ofensivo empeño, derramando un torrente de lágrimas me dijo: "¡Lo que intentas es para agravar más la situación y perdernos los dos; nuestras amarguras serán tan intensas como intenso fue el amor que las habría precedido!" El mundo ha visto después cuán proféticas fueron sus palabras (Santos González, 1930: 42, 45-46) (Cf. Migne, 1885: 130a-b, 132c-133a).

Ante esta situación es menester recordar algunos planteamientos que son importantes para entender la actitud de Eloísa, que hacen de ella una abanderada de la crítica al sistema imperante y en cuanto a la filosofía moral, una librepensadora:

El sacramento del matrimonio cae en un cierto desprecio dentro de las clases nobles y también clericales. El amor solamente es pleno desde una relación de libertad (amor libre) y no bajo el estado matrimonial. Se alaba la relación de pareja desde el amor natural y no desde aquel dado por ciertas conveniencias religiosas y/o sociales; en otras palabras, se aprecia la relación desde el amor como "*Eros*" y no desde el vínculo santo. Además, la mujer es en este siglo (XII) ciertamente reivindicada desde su libertad; no es ya posesión o propiedad, es un ser con derechos [se vislumbra así, aunque a pasos pequeños la llamada hoy "liberación femenina"]. Y en definitiva, la idea del matrimonio no conviene a los intelectuales (Herrera, 1994: 46) (Cf. Zumthor, 1979: 22-24).

La actitud de Fulberto es paradójica ya que en un primer momento es comprensible, en cuanto era normal su disgusto, pero su desenlace es funesto. La realización de Fulberto está enraizada en deseos de venganza y en su corazón se afincó la “mala intención” ya que su preocupación era por su prestigio y no realmente por lo que había acontecido con Eloísa.

En la película *Stealing Heaven* del director británico Clive Donner, se recrea una escena en la cual Eloísa busca a su tío después de la castración de Abelardo y le maldice por su acto. Fulberto se indispone y defiende su actitud aseverando que la desgracia ha llegado a su familia por haber deshonrado a la familia, teniendo relaciones con Abelardo. Él está preocupado por el dinero y la reputación que ha perdido más que por lo acontecido entre Abelardo y Eloísa. Esto parece ser, entonces, el *quid* de la intencionalidad del tío de Eloísa. Se transcriben las palabras de Abelardo, en el capítulo séptimo, quien al parecer consideró esta venganza de Fulberto como legítima:

No tardaron el tío y los parientes de Eloísa en divulgar el matrimonio, faltando a la palabra y juramento que habían empeñado; deseaban lavar la afrenta que yo había inferido a su honor. Eloísa juraba por sus dioses que era falso cuanto decían, oído lo cual por su tío fue causa de que la tratara ignominiosamente. Saborido de estos abusos, trasladé a Eloísa a la abadía de monjas de Argenteuil, cerca de París, en cuyo convento había recibido cuando niña su primera instrucción. También conseguí que tomase, excepto el velo, los hábitos religiosos que convenían al estado monástico. Cuando a Fulberto y sus parientes llegó la noticia de esta resolución, se figuraron que yo me burlaba de ellos; y que si me deshacía de Eloísa metiéndola en un convento, era por desembarazarme de ella para siempre. Realmente indignados, conjuráronse todos contra mí, y cierta noche, uno de mis criados, a quien sobornaron con dádivas y promesas introdujo a mis enemigos en mi alcoba, tomando sobre mí aquella vergonzosa y cruel venganza que el mundo conoció con asombro e indignación. El hierro separó de mi cuerpo los órganos con los cuales había cometido la falta de que se quejaban. Mis infames verdugos huyeron; dos de ellos fueron condenados a perder los ojos y los órganos genitales; uno fue mi propio criado, quien, cegado por la ambición, se había unido a los criminales (Santos González, 1930: 46-47) (Cf. Migne, 1885: 133a-135a) [El subrayado es nuestro].

Las palabras subrayadas denotan la mala intención en el acto cometido contra Abelardo, a saber: ignominia, soborno, venganza y ambición. Estos tópicos se perfilan muy bien en la figura de Fulberto, aunque ciertamente, no fue el único que se complació con la desgracia de Abelardo, es probable, que otras personas más tuvieran la misma intencionalidad que el canónigo de *Notre Dame*. Para Abelardo el dolor causado no sería tanto físico como sí lo sería moral: “*La première douleur physique passée, la réaction d’Abelard est la honte*” (Zumthor, 1979: 24).

### 3. LA VIDA EN EL MONACATO: UNA MORALIDAD VIVIDA CON LA MEJOR INTENCIÓN PERO EXPUESTA A LAS PEORES INTENCIONES

La actitud moral como monje, dedicado a la enseñanza y a la oración; y la actitud moral de la Iglesia que le acogió y la que le condenó para la posteridad será presentada a continuación:

En primer lugar, la disposición moral de Abelardo para hacerse monje nace desde el momento en que recibe la emasculación. Él piensa que ha pecado contra Dios y es justo el castigo que Él le infringe. Su preocupación radica en saber si será aceptado en la Iglesia como religioso ya que según la ley eclesiástica, nacida de la interpretación del Levítico, los eunucos son abominables ante los ojos del creador y no pueden participar de la mesa del banquete pascual: *“Sous le coup de cette humiliation, Abélard va s’ensevelir à l’abbaye de Saint-Denis, où il embrasse la vie monastique”* (Cf. Migne, 1885: 135c–136a y *Dictionnaire de Theologie Catholique*, 1923: 37).

No obstante, no parece haber tenido ningún problema para ingresar a una orden monástica. Así lo expresa:

Viéndome reducido a tan miserable estado, la vergüenza, lo confieso más que la devoción, me impulsó a acogerme a la sombra de un claustro monástico. Antes, y por mi mandato, tomó Eloísa el velo. Demostrando la mayor abnegación entró en el monasterio. Ambos tomamos el hábito al mismo tiempo, yo en la Abadía de San Dionisio y ella en el convento de Argenteuil. Cuantas personas presenciaron la ceremonia se compadecían de Eloísa al ver que tan joven iba a cargar con el yugo de la regla monástica, tratando de disuadirla de su determinación; pero ella prorrumpió en lágrimas y sólo pudo aquella sentida exclamación de Cornelia: *...¡Oh, tú el más grande de los mortales! ¡Esposo mío, que tan digno eras de más noble himeneo! ¡Por qué ha debido poder algo contra tu ilustre cabeza la insolente fortuna! El crimen es mío. ¡Yo me casé contigo para tu ruina! Al menos lo expiaré. Acepta esta inmólación voluntaria* (Santos González, 1930: 48–49) (Cf. Migne, 1885: 136a-b).

En este texto se vislumbran las siguientes características que se relacionan de un modo directo con algunas cartas escritas posteriormente. A saber:

1. Su inicio es problemático, ya que presenta a Abelardo tomando los hábitos no por vocación a la vida religiosa, o por devoción como él lo expresa sino por vergüenza. Con esto también ponemos en duda la vocación de Abelardo a la religión, aunque como se denota enseguida, él va a pedir a Eloísa acompañarlo en este trance, suponiendo que es la mejor actitud moral que pueden tomar después de haber vivido tantos momentos pasionales.

2. Eloísa toma el velo por amor a Abelardo y no por amor a la Iglesia o a la religión.
3. Ambos se abnegaron y éticamente consideraron la mejor opción para sus vidas en la religión. Abelardo en San Dionisio encontró el lugar apropiado para purgar su pecado, paradójicamente, el nombre de Dionisio hace referencia a Adonis, el amante de Venus. Y Eloísa en Argenteuil, encuentra su camino vital. Si se tiene en cuenta la etimología de la palabra *argent* en el idioma francés y en los romances significa plata, dinero, riqueza o fortuna, a la vez que tiene relación con el dios Mercurio. De tal manera que Eloísa encontrará allí su mejor fortuna, al hacerse monja por amor a Abelardo.
4. Las palabras que, finalmente, recita Eloísa son ilustradoras de su vocación amorosa y se encuentran en íntima relación con uno de los cantos del *Carmina Burana: Fortuna imperatrix mundi* y que expresamos del modo siguiente: ¡Oh!, fortuna emperadora del mundo, fortuna infortunada. Es decir, las riquezas corporales que vivieron se han transformado en riquezas espirituales para toda la eternidad.

La vida de Abelardo como monje está destinada también a la enseñanza, y ésta tendrá la connotación ética del buen dar y no del bien recibir, es decir, Abelardo ofrecerá bienes corporales y espirituales, pero recibirá de parte de los monjes maltrato físico y psicológico. Por ende, el exilio es latente. Las palabras de Abelardo lo ilustran todo:

Aún no me hallaba convaleciente de mis heridas cuando los clérigos vinieron a suplicarme y suplicar al abad que me consagrara nuevamente a la enseñanza; que lo hiciera por amor a Dios, ya que antes lo había hecho por amor a la gloria y a la fortuna. Alegaban que el Señor me reclamaría con creces el talento que me había confiado; y que puesto que hasta entonces sólo los ricos habían disfrutado de mis enseñanzas, en lo sucesivo sólo debía trabajar para los pobres. Hasta me dijeron que el dedo de Dios había tomado parte en mi desgracia, puesto que al substraerme de los apetitos de la carne, alejándome de la vida tumultuosa del siglo, la divinidad me exigía que me dedicase con más ahínco al estudio, haciendo de mí un filósofo de Dios más bien que del mundo. En la Abadía de San Dionisio llevaban los monjes una vida mundana y relajada. El abad descollaba entre todos, tanto por escudarse en su prelación como por el desarreglo de sus costumbres. Frecuentemente, y con vehemencia, había increpado, ya privada, ya en público, aquél escándalo; de modo que me hice odioso e insoportable para mis cofrades, lo que, alegrándose de las repetidas instancias de mis discípulos, trataron de aprovechar la ocasión y me alejaron de su lado. Los alumnos no cesaban de importunarme; el abad y los monjes hacían coro a sus instancias, y en vista de ello decidí retirarme a un priorato para dedicarme a la enseñanza" (Santos González, 1830: 49) (Cf. Migne, 1885: 136b–138a).

Aquí, claramente, se denota la actitud ética intencional de Abelardo. Él reconoce su pasado y quiere convertirse en un filósofo de Dios para el servicio del prójimo,

dedicándose a la enseñanza gratuita. Tal como lo hiciera Sócrates en la Antigua Grecia en marcada oposición a los sofistas como Protágoras y Gorgias. Sólo vivirán, entonces, de lo que las personas de buen corazón tengan a bien darles y no de pagos onerosos. Además, será el filósofo–profeta, es decir, el que anuncia y denuncia. Anuncia, o sea, da la palabra de Dios al pueblo, guiado por un gran vehículo: la dialéctica. Y denuncia, o sea critica el *status quo*, de una sociedad enmarcada en los vicios y en la falta de amor hacia los hermanos. Precisamente, esta falta de amor se notará en su salida del monasterio de San Dionisio, porque les ha demostrado que sus actitudes éticas no son bien intencionadas y que sólo la verdad lo haría callar ante tales atropellos. De tal forma que su salida de San Dionisio y su ingreso a otro priorato se convirtieron en una muestra más de su real intencionalidad de dedicarse al estudio y la crítica dialéctica de las cuestiones teológicas. De hecho, eso realizará pero no sin grandes dificultades ya que como denotábamos en los puntos anteriores, será perseguido, calumniado, vituperado, y a la postre le condenarán su texto de teología máspreciado a la hoguera en el llamado Concilio de Soissons.\* De este altibajo, saldrá para construir su *Paracleto*, o lugar de consolación, el cual donará a Eloísa después de varios ires y venires. Sobre esta actitud moral en la construcción de este retiro de consolación se trasladan las siguientes palabras: “Entonces me retiré a la soledad del territorio de Troyes y que yo ya conocía. El terreno me fue cedido por algunos caballeros particulares, mediante la aprobación del obispo de la diócesis. Construí provisionalmente una cabaña con ramas de los árboles y bálago, y un pequeño oratorio que consagré a la Santísima Trinidad” (Santos González, 1930: 61). La historiadora Régine Pernoud afirma de este pasaje lo siguiente:

...Vuelve abrir una escuela, sus alumnos, a cambio de la enseñanza que les dispensa, se ingenian para proporcionarle todo lo necesario... edifican una verdadera capilla construida “en duro”: piedra y madera y, en el momento que consagra el edificio, es cuando Abelardo le da el nombre de: El Paráclito. ¿No encontró allí el refugio, el consuelo, hasta el propio don del Espíritu Santo? (Pernoud, 1973: 130-131) (Cf. Migne, 1855: 159a).

Este lugar fue dedicado en un primer momento a la Trinidad, pero posteriormente, el mismo Abelardo lo dedicará a una de las tres personas, particularmente, al Espíritu Santo, por esto el nombre de *Paracleto*, o sea, el Consolador. No podía ser más apropiado. Este lugar iba a ser, por un tiempo no muy largo, el lugar del consuelo y de la oración, a la par que el sitio donde los estudiantes ávidos de conocimiento se trasladarían desde los lugares más remotos, para vivir con el palatino\*\* su nueva etapa vital: la de la oración y meditación unida a la de la dialectización y teologización. Así, Abelardo emulaba a los grandes filósofos de la antigüedad desde Pitágoras hasta algunos Padres de la Iglesia; y a los grandes profetas del Antiguo Testamento que renunciaron a las comodidades de la ciudad y se internaron en lugares poco

\* Conciliábulo que tuvo lugar en este poblado francés hacia el año 1121.

\*\* Palatino hace referencia a su lugar de nacimiento: *Palais*.

habitables pero sí silenciosos para lograr el acometido de vivir de acuerdo a las leyes éticas de la naturaleza: el cuidado de sí, en sí y para sí. Aunque las dificultades hicieran mella en el palatino, él se mostraba incólume:

Mi pobreza era extrema, y para librarme de tantas privaciones como sufría abría de nuevo mi cátedra. ¡No tenía fuerzas para labrar la tierra, y solicitar una limosna me hubiera avergonzado! Recurriendo, pues, al arte que había cultivado, en vez de consagrarme a un trabajo manual, hice uso de la palabra. Mis alumnos me abastecían de cuanto necesitaba para comer y vestir, ellos cultivaban los campos... (Santos González, 1930: 64) (Cf. Migne, 1855: 161d–162a).

Un desenlace realmente de corte filosófico, puesto que ya se sabe que la filosofía es una preparación para muchas cosas, entre ellas, la enfermedad, la pobreza y la muerte. Aunque esto en la práctica moral es difícil de sobrellevar, he aquí, un claro ejemplo para no caer en el desánimo.

En cuanto a la actitud de la Iglesia hacia Abelardo, se ha dicho que lo acoge en su seno y le permite ser monje hasta llegar a convertirse en Abad. Una de las abadías que regentará el maestro Abelardo será la de San *Gildas* en *Ruys*, en ella encontrará la actitud moral de una comunidad intrínsecamente llena de males y de intenciones funestas, tanto para el daño físico como psicológico. Sus palabras son reflejo de esta tensión:

¡Ay, creo que nadie ignora ya los espantosos tormentos de que fue víctima noche y día mi corazón al considerar los peligros que amenazaban a la vez mi cuerpo y mi alma! ¡Cómo acometer la empresa de gobernar a aquellos monjes indisciplinados! Si pretendía hacerlos entrar en la vida cristiana que habían abandonado, yo no podía vivir, y si no hacía todos los esfuerzos para llenar este deber, las penas eternas me amenazaban. Pero aún hay más (Santos González, 1930: 68-69) (Cf. Migne, 1855: 165b–166a).

Abelardo afirma, tristemente, cómo fue víctima de intento de homicidio como represalia por denunciar la vida de concubinato de los monjes, quienes vivían en las abadías con sus mujeres e hijos. “Por estos tiempos, acuden en busca de su ayuda Eloísa y sus compañeras religiosas, quienes expulsadas del convento de Argenteuil se instalan por intercesión de Abelardo en el *Paracleto*... así pues, luego de socorrer a su amada es obligado a retornar al monasterio. Los monjes como los lobos carnívoros pretenden ahora darle muerte, intentan envenenarle...” (Herrera Ospina, 1994: 47). Es una situación tensionante y compleja, a la cual puede poner fin sólo con la ayuda eclesial mayor, en especial, la intervención del Papa Inocencio II. Aunque ni con esto se pudo librar de la red de atentados, por ello, la única solución fue el exilio, y así lo hizo ayudado por un importante barón francés. No obstante, el destino aciago de su vida, en relación con esta actitud de los monjes, es llevado con paciencia y dignidad sabiendo que al final

de la existencia, el juez misericordioso dará a cada quien según sus obras. Las palabras finales de su *H.C.* así lo expresan:

Alentados, amigo mío, con estas sabias doctrinas y ejemplos, suframos nuestras calamidades con la mayor resignación, ya que tan injustamente nos asaltan. Si no se nos reconocen como un mérito, siempre nos servirán como expiación; y puesto que todo acontece por quererlo así el cielo, consolémonos los fieles en nuestras angustias con la idea de que la suma bondad de Dios nunca permite que las cosas se consuman desordenadamente, y que lo mismo conduce a un fin excelente todo lo que al parecer sucede de un modo irregular y maligno. Así, pues, digamos siempre: ¡Hágase tu santa voluntad! (Santos González, 1930: 79) (Cf. Migne, 1885: 181a–182a).

La culminación no podía ser de otro modo, el filósofo, el teólogo, el monje Abelardo ve en los sufrimientos y desdichas, el destino propio del que actúa con buena intención y honestidad en su vida. Y así como en la filosofía moral kantiana, sólo resta recibir al final de la existencia, la recompensa justa, dada por ese juez que, como se dijo anteriormente, debe ser misericordioso y justo. Bellas palabras arraigadas en la esperanza cristiana, que como dice el apóstol Pablo, nunca defrauda, puesto que está afianzada en la fe radical y el amor que Cristo mismo regaló a la humanidad. Por esto dice: “En todas esas circunstancias vencemos de sobra gracias al que nos amó. Estoy persuadido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni potestades, ni presente ni futuro, ni poderes ni altura ni hondura, ni criatura alguna nos podrá separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Cf. Rom., 8: 37–39).

## CONCLUSIÓN

En sus *Epistolae* y en particular, en la *Historia Calamitatum* aquí estudiada, Abelardo y Eloísa reflejan de una manera admirable el orden ético de su tiempo, con cierta tendencia también a mostrar esa “intencionalidad” libre de los actos que hacen mella en una época basada en los resultados de las acciones. La vida de estos amantes, esposos, hermanos en religión y buscadores de la verdad, es como dice el siguiente texto, un paradigma de la humanidad: “La antigüedad tan fecunda en lances amorosos, no tiene ninguno que pueda compararse con la historia de Eloísa y Abelardo, sencilla y popular como una leyenda poética. Entre los pueblos paganos, el amor, secundado por sentimientos religiosos, no podía dar lugar, ni aún en medio de sus más difíciles pruebas, a esa lucha de dos corazones separados en un principio por el temor de la cólera divina y después por la venganza de los hombres” (Santos González, 1930). El planteamiento ético de Abelardo es crítico del momento histórico, y aunque es cristiano, no deja de ser también un rescollo de crítica al cristianismo desde una visión racionalista propia de la filosofía. Por ello, Dempf. (1958), dice que “podemos de algún modo



distinguir el bien y el mal. Es la voz de la conciencia la que hace cognosciblemente a nosotros la norma absoluta de la voluntad espiritual de Dios. Conforme a ésta ha de regirse la *intentio*, la intención de nuestra razón, sea la voz de la conciencia errónea o no..." Finalmente, Abelardo, "en cuanto a la ética, reacciona contra la moral de la época que juzga la moralidad de un acto independientemente de las condiciones psicológicas que la han gobernado... Respecto al matrimonio y la sexualidad, supera la visión pesimista de la tradición platónica-agustiniana valorando la ley natural y los deseos profundos que se ocultan trascienden la misma realización sexual" (Beltrán Peña y Sanz Adrados, 1997).

## REFERENCIAS

Abelardo, Pedro (1988). *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano*, Zaragoza: Yalde.

Abelardo, Pedro (1994). *Conócete a ti mismo*, Barcelona: Altaya.

Bacigalup, Luis (1992). *Intención y conciencia en la ética de Abelardo*, Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Beltrán Peña, Francisco y Sanz Adrados, Juan (1997). *Filosofía Medieval y del Renacimiento*, Santa fe de Bogotá: División de Universidad Abierta y a Distancia, Universidad Santo Tomás.

*Biblia del Peregrino* (1995). Bilbao: Ediciones Mensajero.

Dempf, Alois (1958). *Ética de la Edad Media*, Madrid: Gredos.

*Dictionaire de Theologie catholique* (1923). Tomo Premier. Première partie, Paris: Librairie Letouzey et Ne 87. Bolouevard Raspaul, 87.

Gilson, Étienne (1972). *La filosofía en la Edad Media (Desde los orígenes patrísticos hasta el fin del siglo XIV)*, Madrid: Gredos.

Herrera Ospina, José (1994). *Triunfo y desgracia en la relación Razón-Amor en Pedro Abelardo*, Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

Le Goff, Jacques (1986). *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona: Gedisa.

Migne, Jacques (1885). *Patrología Latina. Cursus completus. Omnium ss. Patrum, Doctorum Scriptorumque Ecclesiasticorum. Series Latina. Accurante. Tomus CLXXVIII (178)*, Paris: Bibliothecae Cleri Universae.

Pernoud, Régine (1973). *Eloísa y Abelardo*, Madrid: Espasa-Calpe.

Santos González, Claudio (1930). *Epistolario amoroso de Eloísa y de Abelardo*, Madrid: Aguilar.

Soto Posada, Gonzalo (1981). "Logos y Eros en la Historia Calamitatum de Abelardo". En: *Escritos*, Vol. VI, No. 13, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, pp. 41-55.

Soto Posada, Gonzalo (1998). *Diez aproximaciones al Medioevo*, Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

Zumthor, Paul (1979). *Abélard et Héloïse. Correspondance*, Paris: Bibliothèque médiévale. Union Générale.